

CAPÍTULO X

RETÓRICA Y FILOSOFÍA

1. Estudio de las cosas humanas y divinas 119
2. El humanismo de Cicerón en las “Instituciones” ... 125
3. Influjo de Tácito 126
4. Retórica y filosofía, disciplinas del diálogo 128

CAPÍTULO X

RETÓRICA Y FILOSOFÍA

1. Estudio de las cosas humanas y divinas

El pleito entre la retórica y la filosofía, que llega hasta nosotros desde el apogeo de la cultura griega, proviene de la discusión entre Sócrates y los sofistas. Como éstos juzgaron imposible o muy difícil conocer la esencia de las cosas, vieron en la opinión o *doxa* un medio de relacionar a los hombres entre sí y con las cosas. “Nada existe —decía Gorgias—, y si algo existe no puede ser pensado; si puede ser pensado, no puede ser comunicado”; y Protágoras afirmaba la tesis del hombre como medida de todas las cosas. Pero un arte de la palabra persuade de lo verosímil, y aunque nada es verdadero, la palabra creadora de creencia mueve a los hombres y realiza la cohesión social.

Sócrates habla de un mundo inteligible, al cual tenemos acceso por la razón, que nos hace conocer la verdad y el bien, lo falso y lo malo; y Platón sus-

tenta el fuego de la discusión como defensor de la filosofía, negando la retórica, que considera mera práctica de charlatanes propia para embaucar a los ignorantes. Con Aristóteles la retórica es *techné*, arte práctica, paralela a la dialéctica, es una lógica de lo verosímil, y pretende una conciliación de la sofística con el platonismo en cuanto los procedimientos retóricos colaboran en las indagaciones filosóficas y su expresión.

El filósofo de Estagira dice que la dialéctica, disciplina filosófica, y la retórica se pueden enseñar. A la filosofía incumbe la indagación y conocimiento de lo verdadero; cuando se trata de demostrar, la filosofía investiga mediante su propio método, con procedimientos de la lógica, el análisis, la síntesis, según la manera de considerar el objeto de la investigación. Pero la retórica, dirigida a los intereses vitales y opiniones, mueve las voluntades hacia un fin propuesto mediante la persuasión, usando, además de las razones lógicas, medios psicológicos o cordiales, sobre la base de una lógica de lo verosímil y un profundo análisis de personas y costumbres. Como hay verdades no comprensibles para todos, la retórica también vulgariza el conocimiento científico o filosófico; y Aristóteles prueba la utilidad de aquel arte con el hecho de que la bondad y la justicia, siendo mejores que sus contrarios, quedarían sin defensa si la mencionada *techné* no las ayudase ante el vulgo, al cual no llega la ciencia pura.

Como Aristóteles, Quintiliano concilia la sofística con el platonismo, es decir, la *techné*, o conjunto sistemático de procedimientos para persuadir, con la finalidad cognoscitiva y moral, porque el hombre no debe hablar sino para conocer, enseñar la verdad y comportarse de acuerdo con la exigencia ética propia de la persona.

El lenguaje es un instrumento esencial de la filosofía; sin la palabra no habría filosofía, y por ello el filósofo debe saber manejar las palabras. Así, la retórica sirve al discurso filosófico con la claridad, precisión, energía, concisión, desarrollo o composición, ejemplos, comparaciones, belleza de la forma, con todo el arte de los oradores, como hizo Platón, quien atacó a la retórica con sus mismas armas, usando mitos y figuras. La retórica, a su vez, necesita de la filosofía porque un discurso sin contenido es vano ruido. Siendo la filosofía sabiduría, conocimiento de las cosas humanas y divinas, Quintiliano dice con Cicerón que el orador debe tener una filosofía, como Pericles, discípulo de Anaxágoras; Demóstenes, cuyo maestro fue Platón; Marco Tulio, quien nutrió su ingenio en las enseñanzas de la Academia.

La faena del orador es total, total su experiencia enriquecida por los libros y la relación permanente con la sociedad. Pero no habla solamente de los asuntos de la *polis*, propios de sus intereses y conservación, porque los seres humanos tienen fines superiores y afirman su transcendencia y su inmortalidad. La filosofía, por lo tanto, es también el estudio de las cosas divinas.

Cuando Cicerón, maestro de Quintiliano, recomienda tal estudio no entiende por él una disciplina más en el programa de la retórica: la estima como una ciencia fundamental y superior. Si la cultivó y vio en ella una fuente de saber y elocuencia, fue más que esto, pues, sobre todo en sus últimos años, le preocupó la vida después de la muerte. En *El sueño de Escipión*, célebre fragmento de *La República*, se eleva al puro espiritualismo cuando reconoce la naturaleza divina del alma destinada a la inmortalidad, después de haberse liberado de la envoltura corpórea.

No se puede negar el influjo de Cicerón como escritor filosófico, en algunas épocas estimado superior a Platón y Aristóteles.

“Juzgando con modestia sus obras filosóficas —dice Barrow— escribió él mismo en cierta ocasión en una carta a Ático, ‘son copias, y por tanto cuestan menos trabajo; lo único que hago es proporcionar las palabras, y éstas no me faltan’, y ahora se le interpretó literalmente. En cierto sentido tenía razón, pero al proporcionar las palabras prestó un servicio incalculable al pensamiento y a las letras europeas”¹.

Conducido por Cicerón, Quintiliano encomia la filosofía; pero censura, más aún, ataca a los filósofos en cuanto ellos se han apropiado de asuntos propios de la retórica, confundiendo las cosas y a los hombres con enseñanzas cuyos principios no practican, al par que se alejan, presuntuosos y soberbios, de la vida

¹ Barrow, E., *Los romanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 157.

civil en beneficio de los malos discutidores. Pero si los filósofos se han desinteresado de la ciudad, los oradores han abandonado la ciencia, y entonces hay que tomarla de los filósofos.

En la filosofía hay sectas; pero el orador no está sujeto a ninguna de ellas porque aspira a un fin más importante y excelente. Tomará, pues, lo mejor y más noble. El asunto le inspira, y encuentra material copioso para hablar de la virtud, de la república, de la Providencia, del origen de nuestras almas y de la amistad. “Estas materias —dice Quintiliano— dan no menos elevación al alma que al discurso, y son los verdaderos bienes que moderan los temores, refrenan las pasiones, nos liberan de las opiniones del vulgo, transforman nuestro corazón y lo hacen celestial”². Por ello reivindica para la retórica la filosofía y sus grandes temas. Él esperaba el día en que la filosofía se integrara a la retórica para formar con ella un solo cuerpo, como quien recupera algo que de derecho le pertenece³.

Las disciplinas útiles al orador son la física, la lógica y la moral. La física interpreta las cosas en el universo regido por la Providencia; indaga sobre las causas y efectos, pues nada es azar, todo reconoce una Providencia, sin la cual la vida humana y el universo no tienen sentido alguno.

La lógica conduce a todas las actuaciones del orador, quien debe conocer las propiedades de cada

² *Instituciones*, XII, cap. II, 3.

³ *Instituciones*, XII, cap. II, 2.

término, declarar las cosas oscuras y discernir las dudosas; fijar definiciones, concesiones y distribuciones, establecer diferencias de las cosas, analizarlas y hacer su síntesis, en fin, entender la necesidad del método y el orden de los argumentos, con lo cual el arte de hablar se confunde con el arte de razonar.

Pero siendo la moral parte muy necesaria, Quintiliano se cuida de rescatarla como asunto propio del orador, “pues ¿qué modo hay de persuadir ajeno al tratado de lo honesto? ¿Y qué se dirá también de aquel tercer género que tiene por oficio el alabar y vituperar? Ciertamente, éste tiene por objeto lo bueno y lo malo. ¿Y acerca de la justicia, fortaleza, templanza y piedad, no tendrá mucho que decir el orador?”⁴.

La filosofía moral, pues, le incumbe, porque siendo un hombre civil, no aislado y en perenne meditación, actúa en el vasto campo de los intereses privados y públicos, y su palabra se hace oír cuando es necesaria la defensa o el consejo.

Esta filosofía es la más necesitada de los ejemplos ilustres. “¿Podrán otros servir mejor de ejemplo de fortaleza, de fidelidad, de justicia, de continencia, de frugalidad, del desprecio de los tormentos y de la

⁴ *Instituciones*, XII, cap. II, 2. Quintiliano habla del tercer género o demostrativo. Según Aristóteles los tres géneros son el deliberativo, el judicial y el demostrativo.

La oratoria deliberativa, de las leyes, mira hacia el futuro; la judicial se ocupa del pasado, aquello que sucedió y es motivo de los asuntos judiciales; en el género demostrativo el orador prueba, controvierte, alaba, vitupera, ensalza o condena las costumbres y personas.

muerte que los Fabricios, Curios, Régulos, Decios, Mucios y otros innumerables? Porque cuanta es la abundancia que los griegos tienen de preceptos, tanta es la que los romanos tienen de ejemplos; lo que es de más importancia”⁵.

Dije que la *Retórica* de Aristóteles concilia la sofística con el platonismo, la retórica con la filosofía; pero aclarando que la condición moral de los discursos es ajena a la retórica, porque “la sofística no consiste en facultad, sino en intención”⁶. Pero las *Instituciones* afirman el fin moral de la retórica, incurriendo en contradicción, pues enseñan que consiste en el bien decir a propósito para persuadir. Con la salvedad de que si bien ella sirve a un fin y a su contrario, en cambio se le exige moral al persuasor, es cierto que la ética es un asunto del orador.

2. El humanismo de Cicerón en las “Instituciones”

Aunque de lo expuesto surge la estimación de Quintiliano por la filosofía, Boissier considera que aquél, además de otros reparos, pudo temer, como Tácito, que la filosofía enervara el sentimiento de patria al exaltar el amor por las demás naciones. En aquel tiempo Séneca, el filósofo, había dado un nuevo mensaje contrario a la valoración de los viejos romanos, había dicho que el amor de la humanidad debe

⁵ *Instituciones*, XII, cap. II, 3.

⁶ *Retórica*, I, I, 1355 b, 19.

reemplazar al amor de patria; que hay deberes para la ciudad particular, pero el hombre se debe a la ciudad universal.

Sin embargo, no son opuestas las dos ciudades, y hay razones para decir que Quintiliano las concilia.

Además Cicerón había enseñado la doctrina estoica con su razón universal de la que todos los seres humanos participan; y es Cicerón quien crea el vocablo *humanitas*, educación completa cuyo centro es el hombre, distinto de las bestias. Además, el extranjero, antiguo *hostis*, era ya peregrino, sujeto del derecho de gentes; y algunos juristas romanos dicen que la esclavitud es de derecho positivo, no natural, porque todos los hombres nacen libres. La esclavitud no es carencia, sino un mínimo de libertad.

Todo este movimiento llega maduro hasta Quintiliano, y él lo recoge en sus *Instituciones*, que incorporan el humanismo como filosofía.

3. Influjo de Tácito

Si el humanismo es una filosofía que se realiza a través de todos los peldaños de la cultura, la educación del hombre reconoce la idea central del preceptista, quien no pudo sostener su programa educativo sin una base filosófica. Aunque no lo diga abiertamente —su época sufría el despotismo—, consideraba que el hombre no debe ser sojuzgado, pues la verdadera educación persigue el armónico desarrollo de sus facultades

guiada por un sabio ejercicio de la libertad. Una prueba de ello es su admiración por Tácito, al cual se refiere sin nombrarle expresamente en su crítica literaria. Orador y luego historiador, aquél llenó sus libros de maravillosas pinturas de los Césares, de sus vicios y locuras; y enemigo del despotismo mostró la cobardía del senado ante los crímenes del emperador. También Quintiliano habla siempre del origen celestial del alma, y en punto a la filosofía en sentido transcendente, bien puede ratificar la conclusión de la biografía de Agrícola, el general romano y gobernador de Britania, hecha por su yerno Tácito: "Si existe una mansión para los espíritus de los justos; si, como afirma el sabio, las grandes almas no perecen con el cuerpo, tranquilo, ¡oh, padre!, sea tu descanso. No es que yo condene rotundamente las representaciones en mármol o bronce. Pero la imagen del rostro humano, como el rostro mismo, es débil y perecedera, mientras que la esencia del alma es eterna, sin que pueda ser captada y expresada con el material y la habilidad de un extraño, sino sólo por uno mismo en su propia vida".

Así Tácito y Quintiliano son dos figuras romanas plenas de espiritualismo y adversas al despotismo, si bien el segundo no muestra la franqueza y valentía del autor de las *Historias y Anales*.

En algunos el odio al despotismo no nace del miedo a la pérdida de sus propios bienes y la vida; nace de un sincero interés por el hombre. Sin duda Quintiliano, cuya pedagogía es un humanismo, tuvo

ese interés que no pudo manifestar sin grave daño para su vida y su obra, y él distaba mucho del mártir; pero las *Instituciones* contienen una valoración en los términos atribuidos al educador de Calahorra. Por ello considero muy actual y propicio el capítulo II del libro XII de las *Instituciones*, pues si bien nuestra época se caracteriza por una confusión de valores y muchos esperan de la técnica la salvación, otros no confían sólo en la técnica. Yo creo que a éstos, a quienes defienden el humanismo con mucha confianza y entusiasmo, les pueden servir algunas ideas de Quintiliano.

4. Retórica y filosofía, disciplinas de diálogo

Para que las ideas de Quintiliano puedan servir hay que hacer el diálogo con las *Instituciones*, buscando en ellas, interpretando y recreándolas a fin de hallar el rico caudal desconocido por el prejuicio.

La retórica de Quintiliano es un perenne diálogo, como la filosofía, y sus grandes temas llegan hasta nuestra época necesitada del aporte de todas las opiniones fundadas, pues el ámbito de la opinión es el ámbito de las relaciones humanas con sus intereses, ideas, pasiones, angustias e incertidumbres ante los secretos de la vida y de la muerte, temas propios para interesar a los hombres mediante el discurso oratorio, si la filosofía quiere crear en la mayoría de ellos, adormecidos por la materia, un deseo de conocimiento, afanes humanos.

Existe una historia de los oradores y discursos que han sido partes en los momentos cruciales de las culturas, no sólo de Grecia y Roma, señoras de la palabra; pero la historia de la filosofía es también como una asamblea, como una gran sala de conversación o diálogo en la cual los filósofos controvierten. Leyendo esa historia asistimos a una lucha de ideas y palabras, porque los filósofos discrepan respecto del fondo y las palabras, que adquieren en cada uno de ellos un sentido diferente. Pero esto, lejos de ser un perjuicio para la cultura, es un gran bien, porque las oposiciones mueven a la indagación, y ésta mantiene lozana la inteligencia y enerva la violencia.

En esta época debe estimularse la indagación filosófica y el diálogo con retórica, a fin de que los hombres se entiendan, y si discrepan no se nieguen al diálogo y a la posibilidad del cambio.

Retórica y filosofía, disciplinas de diálogo, son necesarias al porvenir del espíritu.